

# Traducción de *Europa*, poema de Moschos de Sicilia

## Traducción del *Canto Fúnebre en honor de Adonis*, poema de Bion

LÓPEZ RODRÍGUEZ, Concepción

Desde el Renacimiento el “Canto fúnebre en honor de Adonis” es considerado como obra de Bión. Las cualidades y defectos del estilo, la gran fluidez de los hexámetros que, a excepción del último pie, no contienen nunca más de dos espondeos, el tono erótico y sentimental, la forma en que son presentados los personajes mitológicos, cuadra con Bión y los fragmentos certeros de sus obras. Por tanto, parece preferible aceptar la hipótesis de Camerarius basada en la comparación del “Canto fúnebre en honor de Adonis” y el “Canto fúnebre en honor de Bión”. Según Camerarius hay en el segundo alusiones directas al primero, como son los versos 68 y 69 que corresponden al 13 y 14 del Adonis, la utilización de no frecuente *tripóctos*, en el verso 51 del canto en honor de Bión y el 28 del de Adonis...

Sigo también aquí la edición de Legrand salvo el verso 94 donde acepto la conjetura de Ahrens.

### *Canto fúnebre en honor de Adonis*

Lloro a Adonis: “¡Murió el bello Adonis!”, “¡Murió el bello Adonis!”, lloran conmigo los Amores.

Cipris, no duermas ya entre purpúreos lienzos, despierta, desdichada, viste una sombría vestidura, golpea tus pechos y diles a todos: “¡Ha muerto el bello Adonis!” Lloro por Adonis, lloran conmigo los Amores.

El bello Adonis yace en las montañas, herido en su piel por una mordedura, herido en su piel por blanca dentellada y, exhalando un leve suspiro por la pena de Cipris, sangre negra se derrama por sus nivea carne; bajo sus cejas sus ojos se entorpecen y la rosa escapa de su labio, en él muere también el beso que ya nunca Cipris, nunca, recogerá. Aún sin estar vivo a Cipris le complacería el beso. Pero Adonis no sabe que al morir lo besó. Lloro por Adonis, lloran conmigo los Amores.

Cruel, cruel herida tiene en su muslo Adonis, pero mayor la que Citerea lleva en su corazón. Sus perros queridos largo tiempo han aullado a su alrededor y le lloran las Ninfas de las montañas. Afrodita, suelta su cabellera, va errante por el bosque, triste, sin cinturón ni sandalias, los espinos la desgarran en su caminar y recogen su sagrada sangre. Emite agudos chillidos de dolor mientras recorre los amplios valles, llamando a voces a su esposo de Asiria, reclamándolo una y mil veces. En torno suyo flota su negro vestido, abierto hasta el ombligo, sus pechos están ensangrentados por sus manos, y sus antes niveos senos se tiñen de púrpura por Adonis. “¡Ay, ay, Citerea!”, lloran con ella los Amores.

Ha perdido a su bello esposo y con él perdió su sagrada belleza. Hermoso era su aspecto mientras Adonis vivía. Su belleza ha muerto con Adonis. “¡Ay de Cipris!”, dicen todas las montañas, y las encinas: “¡Ay de Adonis!”, y los ríos lloran los pesares de Afrodita y, en las montañas, las fuentes derraman su llanto por Adonis, las flores se enrojecen de dolor, y Citerea, por todas las colinas, por todos los valles, entona su lamento: “murió el bello Adonis”. ¿Quién no lloraría, ¡ay!, por el desgraciado amor de Cipris?”

Cuando lo vio, cuando se dio cuenta que la herida de Adonis era incurable, cuando vio la purpúrea sangre en su muslo que se marchitaba, desplegando sus brazos, se lamentó: “Espera, Adonis, espera, desdichado Adonis, para que te alcance por última vez, para que te abrace y una tus labios a mis labios. Despierta un instante, Adonis, y bésame aún una vez suprema, bésame tanto cuanto viva tu beso, hasta que exhales tu espíritu en mi boca y tu aliento corra a mis entrañas, exprima tu dulce filtro y beba tu amor. Guardará este beso como Adonis mismo, pues tú, desventurado, escapas de mí, escapas lejos, Adonis, e irás al Aqueronte junto al rey odioso y cruel, yo, desdichada, vivo y, siendo diosa, no puedo seguirte. Acoge, Perséfone a mi esposo, pues eres más poderosa que yo, y todo lo bello desciende hacia tí. Soy muy desdichada y tengo una pena insaciable: lloro a Adonis que se me ha muerto y tengo miedo de tí. Mueres, ¡oh tres veces añorado!, y mi deseo voló como un sueño. Citerea está viuda y los Amores ociosos por mi casa. Contigo he perdido mi bordado cinturón. ¿Por qué, atrevido, ibas de caza?, ¿Por qué, siendo tan bello, enloquecías por luchar contra una fiera?” Así se lamentaba Cipris, con ella lloran los Amores: “¡Ay de Citerea!, murió el bello Adonis”.

Tanto llanto derrama la Pafia cuanta sangre vierte Adonis. Y todo en la tierra se convierte en flores: la sangre hace nacer la rosa, las lágrimas, la anémona. Lloro por Adonis: murió el bello Adonis.

No llores más a tu esposo entre las encinas, Cipris. No es bueno para Adonis un solitario camastro de hierbas y hojas. Qué tenga, Citerea, tu cama, incluso muerto, Adonis. Aún muerto es bello, bello en la muerte, como si durmiera. Deposítalo entre los blandos cobertores donde dormía y cumplía contigo las tareas, por las noches, de un sueño sagrado en el lecho todo de oro. También éste desea a Adonis incluso sombrío. Arroja sobre él coronas y flores. Todas con él, puesto que está muerto, qué mueran también todas las flores. Derrama sobre él unguentos de Siria, derrama perfumes. Qué parezcan todos los perfumes, Adonis, tu perfume murió.

Tendido está el tierno Adonis entre mantos de púrpura y, en su derredor, llorando, gimen los Amores con la cabellera cortada en honor de Adonis. Uno ha dejado sus flechas, el otro su arco, el otro su ala y el otro, su carcaj. Uno ha desatado la sandalia de Adonis, otros llevan agua en una vasija de oro, otro le lava los muslos, y, otro, por detrás, abanica a Adonis. “¡Ay de Citerea!”, lloran también los Amores.

Himeneo en los vestíbulos ha apagado las antorchas y ha deshojado la corona de boda y ya no “Himen”, “Himen” ya no entona, su canto, sino siempre “¡Ay!”, “¡Ay!”, lloran aún más que Himeneo las Gracias por el hijo de Cíniras. “Murió el bello Adonis”, dicen unas a otras. “¡Ay!” dicen las Musas con voz más aguda que a Pan, y a Adonis reclaman del Hades, y lo conjuran pero no las oye, no es que no quiera, es que Core se lo impide.

Deja tus llantos, Citerea, por hoy contén tus lamentos. Tendrás que llorar de nuevo, de nuevo derramarás lágrimas en otro año.

### Europa

El poema *Europa* figuraba como obra de Teócrito en las ediciones de Aldino, Juntino y Calliergino. Pero, los manuscritos M S F atribuyen la obra a Moschos de Sicilia. Fue incluido por E. de Estienne en su obra *Moschos Eidyliá* en 1566.

En mi traducción he seguido el criterio de atribuir la obra a Moschos, tal y como lo hace M. Legrand en su edición de 1953, a cuya edición del texto me he mantenido fiel.

#### *Europa: traducción*

Una vez, Cipris envió un sueño a Europa. Cuando se erige la tercera porción de la noche y la aurora está próxima, cuando el sueño más dulce que la miel, posándose sobre los párpados, el sueño que desata los miembros, encadena con tierno lazo la luz de la mirada, cuando se apacienta la raza de los sueños verídicos, entonces, la hija de Fenix aún virgen, Europa, mientras dormía en las habitaciones superiores, creyó ver que dos continentes luchaban por ella: Asia y la tierra de enfrente. Tenían el aspecto de mujeres. Una con los rasgos de extranjera, la otra parecía indígena y era la que retenía con más fuerza a la muchacha como si fuera suya y decía que la había parido y que la había cuidado. Pero, la otra la arrastraba por la fuerza con sus manos poderosas, sin que ella se resistiera, pues decía que estaba decidido por Zeus, portador de la égida, que Europa fuera su presente. Ella, asustada, saltó fuera de su lecho, provisto de cobertores, palpitante su corazón. Pues había contemplado un sueño semejante a una visión. Durante largo tiempo permaneció sentada, silenciosamente, y retuvo aún a las dos mujeres en sus ojos abiertos. Mucho después la muchacha elevó una voz temerosa: “¿Quién de los que habitan en el cielo me ha enviado tales visiones?, ¿Qué clase de sueños revolotearon en mi habitación, sobre mi lecho, mientras yo dormía muy dulcemente?, ¿Quién era esa extranjera que ví mientras dormía?, ¿Qué ansia de ella se apoderó de mi corazón, y qué cariñosamente me acogió y me miró como a su hija! ¡Ojalá que los dichosos cumplan este sueño felizmente para mí!

Dicho esto se levantó y fue a buscar a sus compañeras, de su edad, nacidas el mismo año, nobles, que eran gratas a su corazón, con las que siempre compartía sus juegos, cuando se disponía a participar en un coro, o cuando, sin brisas, hacía resplander su piel en la desembocadura de los ríos, o cuando cogía de la pradera lirios de aliento perfumado. Al pronto se le aparecieron. Cada una tenía en sus manos una cesta para flores. Y se dirigieron a los prados cercanos al mar donde siempre se reunía al grupo, disfrutando del esplendor de la rosa y del ruido de las olas. La propia Europa llevaba una cesta dorada, admirable, gran maravilla, magnífico trabajo de Hefesto, que lo dio como regalo a Libia, cuando fue al lecho del que sacude la tierra. Y Libia lo había dado a la muy bella Telefaasa, que era de su sangre. Y Telefaasa, madre de Europa, le había remitido este renombrado presente, cuando aún estaba sin casar. En él se habían labrado muchos trabajos de orfebrería que brillaban como el mármol. Estaba labrada en oro Io, hija de Inaco, en el tiempo en que aún era una temera

y no tenía el aspecto de mujer. Errante iba por los salados caminos semejante a un náufrago. El mar estaba labrado en un azul sombrío. En lo alto se encontraban, de pie, sobre el acantilado al borde del mar, dos hombres abrazados el uno junto al otro, y miraban la vaca que atravesaba el mar. Y estaba allí también Zeus, hijo de Cronos, rozando dulcemente con sus manos a la temera, hija de Inaco, y junto al Nilo, de siete desembocaduras, de vaca cornuda la transformó de nuevo en mujer. El curso del Nilo era de plata, la vaca de bronce, y Zeus estaba labrado en oro. Alrededor de la redondeada cesta, por debajo del borde que la corona, estaba representado Hermes. Cerca de él estaba Argos, tendido sobre el suelo, adornado con sus ojos rebeldes al sueño. De la sangre roja de Argos surgía un ave orgullosa de su plumaje de un florido color. desplegando sus velas como un rápido navío sobre el mar, cubría con sus alas los bordes de esta cesta de oro. Tal era la cesta de la bellísima Europa.

Una vez que llegaron a los prados floridos, se divertían yendo en busca de una y otra flor. Una cogía el oloroso narciso, otra la violeta y otra el serpol, pues sobre la tierra florecían numerosos pétalos de los que adornan los prados en primavera. Pronto cortaron la perfumada cabellera del amarillo azafrán, disputándose. Pero la princesa cogiendo a manos llenas la magnificencia de la rosa de fuego se distinguía como, entre las Gracias, Afrodita.

No iba durante mucho tiempo a inflamar su corazón con las flores ni a conservar intacto su virginal cinto. He aquí que, en cuanto la apercibió el Cronida fue preso en su ánimo y domado por los dardos imprevisibles de Cipris, la única que puede domar incluso a Zeus. Así, esquivando la cólera de la envidiosa Hera y con el propósito de engañar el ingenuo espíritu de la muchacha, ocultó al dios que era, cambió su cuerpo y se transformó en un toro, no como los que son criados en los establos, ni como los que hienden los surcos arrastrando el bien curvado arado, ni como los que domados por el látigo tiran del carro de pesada carga. Su cuerpo era de color rubio, menos un círculo resplandeciente de blancura que brillaba en medio de su frente, por debajo, sus ojos deslumbraban y lanzaban destellos de deseo, los cuernos se elevaban uno frente al otro, iguales sobre su cabeza, en semicircular mitad como el círculo de la luna cornuda.

Vino a los prados y no asustó con su aparición a las muchachas. En todas se produjo un deseo de acercarse y tocar al buey deseado, cuyo inmortal olor hasta lo lejos incluso sobrepasaba el delicioso aroma de la pradera. Se detuvo frente a la irreprochable Europa y le lamía el cuello, y hechizó a la muchacha. Ella lo acariciaba y enjugaba dulce con las manos la espuma abundante de su boca, y besó al toro. Este lanzó un tierno mugido. Te habría parecido oír resonar el dulce eco de la flauta Mygdonia. Se arrodilló ante sus pies y, volviendo el cuello, la miraba y le mostraba su ancho dorso. Y dijo en medio de las vírgenes de largas trenzas: “venid compañeras, queridas y de mi edad, para que disfrutemos sentadas sobre este toro, pues nos acogerá a todas sobre su dorso extendido, tan dócil, dulce y amable es su aspecto, en nada se parece a los demás toros. Un pensar inteligente lo agita, como de un humano, sólo le falta hablar”.

Así dijo, y se sentó sonriente sobre el dorso del toro, en tanto que las otras se disponían a hacerlo. Pero el toro, inmediatamente, se levantó de un salto arrebatando a la que quería. Y llegó con rapidez al mar. Ella, volviéndose hacia atrás, llamaba a sus compañeras, alargando sus brazos, pero no podían alcanzarla. Llegó a la costa escarpada y siguió su

carrera, como un delfín, avanzando sin mojar sus cascos sobre las anchas olas. A su paso el mar se calmaba y los monstruos marinos brincaban ante los pasos de Zeus. El alegre delfín desde el abismo cabriolaba sobre el enorme oleaje. La Nereidas surgían desde el fondo del mar y, sentadas sobre el dorso de los peces, desfilaban. Y el que sacude la tierra, sobre las aguas gobernando el oleaje guiaba a su hermano en su marítima ruta. Y, en torno a él, se agrupaban los Tritones, resonantes flautistas del mar, soplando en largas caracolas el canto nupcial. Sentada sobre el taúrico dorso de Zeus, en una mano sostenía el largo cuerno del toro y con la otra tiraba del pliegue purpúreo de su vestido para que el agua inmensa del canoso mar no la mojara arrastrándola. En sus hombros el peplo de Europa se infló en un gran seno como la vela de un navío y aligeraba a la muchacha.

Y, cuando estaba ya lejos de su tierra patria, y no se veía ni un acantilado golpeado por las olas ni una escarpada montaña sino el cielo por arriba y el mar sin límites por abajo, mirando en torno suyo elevó tal voz: “¿A dónde me llevas, toro divino?, ¿Quién eres?, ¿Cómo recorres caminos dolorosos para los que hacen rodar los pies, no temes al mar? El mar pueden recorrerla las naves rápidas en surcar las olas, pero los toros tiemblan ante el sendero marino. ¿Qué bebida para tí agradable, qué alimento obtendrás del mar? Sin duda, eres un dios, haces cosas semejantes a las que hacen los dioses. Ni los delfines marinos desfilan sobre la tierra, ni, en modo alguno, los toros sobre el mar. En cambio tu te lanzas sin miedo por tierra y mar, y tus cascos son tus remos. Muy pronto elevándote sobre el brillante aire volarás semajante a las rápidas aves. Grande, ¡ay!, es mi desgracia que, dejando atrás la casa de mi padre y siguiendo a este toro, cumplo esta extraña navegación y vago sola. ¡Tú, que sacudes la tierra, que cuidas del canoso mar, aparéceme propicio, tú, al que me parece ver dirigir esta travesía y trazarme la ruta. No es sin la ayuda de los dioses que recorro estos húmedos caminos”.

Así dijo. Y el toro de bellos cuernos respondió: “Animo, muchacha, no temas al oleaje del mar. Yo soy el propio Zeus, aunque de cerca parezco un toro, porque está en mi poder parecer lo que quiera. Y es el deseo de tí el que me ha lanzado a recorrer tal extensión marina, bajo la apariencia de un toro. Pero, Creta te acogerá pronto, la que también a mí me ha criado, donde se celebrarán tus nupcias. Y de mí semilla darás ilustres hijos que, entre los hombres, llevarán todos cetro”.

Así dijo. Y lo que había dicho estaba cumplido. Ya aparecía Creta, y, de nuevo Zeus retomó su figura, le desató el cinto, y las Horas disponían el lecho y, ésta que antes era virgen, de inmediato, se convirtió en la esposa de Zeus y, sin tardar, parió hijos y llegó a ser madre.